

DOS FRAGMENTOS de *Relatos tempranos*, de Truman Capote. Traducción de Jesús Zulaika (Anagrama). El libro llegará a librerías en 9 de marzo. (colocar en el pie de página de la edición impresa, por favor)

Publicar los dos en la web.

## LA SEÑORITA BELLE RANKIN

Cuando vi por primera vez a la señorita Belle Rankin yo tenía ocho años. Fue un día caluroso de agosto. El sol declinaba ya en el cielo veteado de escarlata, y el calor se alzaba de la tierra seco y vibrante.

Yo estaba sentado en los escalones del porche delantero, viendo acercarse a una mujer negra, y preguntándome cómo podía llevar un bulto de la colada tan enorme encima de la cabeza. Se detuvo y, en respuesta a mi saludo, se echó a reír, con aquella oscura, arrastrada risa de negro. Fue entonces cuando vi que la señorita Belle venía despacio por la otra acera. La lavandera la vio y, como si se hubiera llevado un susto, dejó a medias la frase y siguió apresuradamente su camino.

Me quedé mirando fijamente a aquella desconocida que se acercaba por la acera de enfrente y que había sido capaz de hacer que la lavandera actuara de un modo tan extraño. Era una mujer menuda, toda vestida de un negro veteado y polvoriento, increíblemente vieja y arrugada. Le surcaban la frente unas finas hebras de pelo gris, húmedo de sudor. Caminaba con la cabeza agachada y la mirada fija en la acera sin pavimentar, casi como si buscara algo que hubiera perdido. Un viejo sabueso negro y marrón iba a su espalda, siguiendo erráticamente los pasos de su ama.

A partir de entonces la vi muchas veces, pero aquella primera visión, casi de ensueño, será siempre la más clara: la señorita Belle caminando sin hacer ruido por la acera de enfrente, levantando pequeñas nubes de polvo rojo mientras desaparece en el crepúsculo.

Años después estaba sentado en el *drugstore* de la esquina, del señor Joab, tomándome uno de los batidos de su especialidad. Yo estaba a un extremo de la barra, y al otro había dos holgazanes habituales bien conocidos en el pueblo y un desconocido...

## TRÁFICO OESTE

Cuatro sillas y una mesa. Encima de la mesa, papel; en las sillas, unos hombres. Ventanas que dan a la calle. En la calle, gente; contra la ventana, lluvia. Se trataba, quizá, de una abstracción, de una mera imagen pintada, pero la gente, inocente, confiada, se movía allí abajo, y la lluvia mojaba la ventana.

Porque los hombres no se inmutaban; el documento legal, preciso, que había sobre la mesa no se movía. Entonces...

–Caballeros, nuestros cuatro intereses se han aunado, cotejado y armonizado. Ahora los actos de cada uno deberán plegarse al interés común en todos sus detalles. Así, sugiero que expresemos nuestro consentimiento y nos despedamos.

Se levantó uno de los hombres con un papel en las manos. Le imitó un segundo, que le tomó el papel, lo examinó y habló:

–Esto satisface nuestras necesidades; lo hemos hecho bien. Nuestras empresas sin duda afianzan su ventaja y su seguridad con esta hoja de papel. Sí, en este documento intuyo un gran beneficio. Así que lo firmaré.

Se puso en pie un tercero. Se ajustó las gafas, examinó el papel. Sus labios se movieron en silencio y sus palabras se hicieron audibles (no sin que él las hubiera sopesado antes minuciosamente).

–Hemos de admitir (también nuestros abogados lo admiten) que la redacción y las palabras de este escrito *son claras*. Todos los que me han aconsejado están de acuerdo: contiene, pese al poder que se arroga, lo que legalmente puede ser, lo que por ley es. Así que lo firmaré. Volvió a leer el documento y se lo pasó al cuarto hombre...